

---

**NOTA DE LA REVISTA:**

Por su extraordinario interés testimonial reproducimos en este número de la revista AFESE un capítulo del poco conocido libro de Jorge Carrera Andrade, uno de los más altos valores de la poesía ecuatoriana y latinoamericana, titulado "El Volcán y el Colibrí", en el que cuenta sus experiencias biográficas cuando desempeñaba funciones diplomáticas en el Japón. Sería muy valioso que los funcionarios del Servicio Exterior se motivaran a contar sus experiencias diplomáticas, utilizando el género narrativo, a fin de que sirvan como una guía orientadora para las nuevas generaciones de diplomáticos ecuatorianos que les tocará moverse en medios similares. Nada mejor que la maestría asombrosa de Carrera Andrade para abrir este nuevo segmento de nuestra revista.

---

---

## GOMENASAI: (1)

---

# TRES AÑOS EN EL JAPON

---



**Jorge Carrera Andrade**

*"El Volcán y el Colibrí"*

(Autobiografía)

Editorial José M. Cajica Jr. S.A.

México, 1970

En el vapor "Normandie" de la Compañía General Transatlántica hicimos un viaje sin historia desde "El Havre" hasta Nueva York. Cinco días de paseos en el puente y de contemplación de la inmensidad marina. Era la época de mayor auge de los viajes por mar en los lujosos transatlánticos que ofrecían todas las comodidades a los pasajeros, en salones suntuosos, invernaderos, cine, capilla para el culto religioso, bibliotecas y comedores que superaban en refinamiento y manjares escogidos a los restaurantes más caros de las grandes capitales. Apenas pude conocer el interior de la "ciudad flotante" en el breve tiempo que duró la navegación desde el puerto francés hasta el inmenso hormiguero humano de Nueva York.

---

(1) *Expresión de cortesía, con la que se pide la indulgencia del interlocutor.*

Testimonio 55

No niego la inolvidable impresión que me causó la ciudad norteamericana por sus audaces construcciones que parecía exceder a la dimensión establecida por el hombre en otras latitudes. Tierra de Gulliver, Comarca de fantasía, país imaginario, irreal como la estampa de un libro de cuentos, Nueva York me atrajo poderosamente y no pude escapar a su magia. Indescifrable encanto de sus cafeterías, de sus bares a media luz y de sus farmacias, por donde vagué fascinado algunos días mientras me ocupaba de buscar acomodamiento en uno de los trenes que atravesaban los Estados Unidos, en toda su anchura, desde el Océano Atlántico al Océano Pacífico. Además de mi equipaje normal y de mi mujer y mi hijo, viajaba yo con algunas cajas de libros que, en varias ocasiones, me causaron problemas de toda clase. ¡Cómo pesaba la literatura impresa! Esos volúmenes llegaron a valer "su peso en oro"; pero yo no podía deshacerme de tan valiosos amigos que representaban para mí los diversos aspectos de la cultura occidental.

Nuestro viaje en tren a través de varios Estados de la Unión, después de visitar Washington y Chicago, fue ilustrativo y ameno. En Washington nos encontramos con antiguos conocidos como Camacho Lorenzana y Manuel Crespo, este último hombre de letras y diplomático de gran finura e ingenio, con quien comentamos "L'Espoir", libro de Malraux sobre el conflicto español. Por la noche, asistimos a una recepción en la Embajada de España, en donde departí largamente, en un círculo íntimo, con el Embajador Fernando de los Ríos, una de las figuras más representativas del pensamiento hispánico, en la órbita de la filosofía del Derecho.

Desde Chicago ya no hicimos escalas. Los campos y las ciudades que veíamos desde la ventanilla del tren se sucedían como páginas en color de un inmenso libro revelador de la vida de los Estados Unidos. La nieve, esponjosa e inmaculada, venía siguiéndonos desde Nueva York, y un febrero frígido reinada en toda la extensión del país que descubríamos con curiosidad y deslumbramiento.

Las praderas de Wyoming me evocaron las historias de indios y de cazadores de búfalos. La tierra plana, rica de pastos, se extendía hasta el horizonte más lejano. En la estación de Cheyenne, jóvenes indios de piel oscura y ojos color de acero vendían arcos, flechas y tambores con leyendas recordativas de esos lugares.

Atravesamos las Montañas Rocosas, el paisaje austero de Utah y contemplamos, reflejándose en las aguas, la silueta solemne de la Ciudad de Lago Salado, capital religiosa de los Mormones, gentes pacíficas aureoladas por la leyenda. La estación final del tren era San Francisco de California, uno de los lugares con mayor personalidad en los Estados Unidos y una de las ciudades más fascinantes del mundo. El buen gusto de su arquitectura, la noble cordialidad de sus habitantes, la moderación y dulzura del clima, forman un conjunto inolvidable para el viajero.

En espera de la nave que debía llevarnos al Japón, recorrimos San Francisco durante dos días y, prometiendo volver, nos embarcamos en el "Nita Maru" con rumbo a Yokohama, puerto de nuestro destino. El Océano Pacífico hizo honor a su nombre. En medio de un oleaje acompasado y manso, bajo el esplendor de un sol que se mostraba inalterable todos los días, navegamos durante dos semanas, deteniéndonos únicamente en Hawai, en un atardecer de marzo, resonante de tambores y oloroso a guirnaldas floridas que colgaban sobre el pecho de los visitantes de la isla, como grandes collares de una condecoración del trópico y del amor. Los ukeleles salieron a recibirnos sobre la arena de la playa, en donde estaba servido un festín de frutas y pescados, en cuencos de corteza de coco mientras grupos de mujeres jóvenes

danzaban con el ritmo del oleaje, bajo las palmeras.

En el muelle de Yokohama nos esperaba una visión distinta: soldados, policías, funcionarios del Imperio, que deseaban hurgar nuestro equipaje y examinaban con curiosidad los letreros pintados en las cajas de libros. El ambiente era el de un país en guerra. Las privaciones y la inquietud se reflejaban en los semblantes y en las voces áteradas de los japoneses, aunque todos se guardaban de hacer alusión a las hostilidades con China.

El Consulado ad honorem del Ecuador en Yokohama se reducía a una mesa en la oficina del Cónsul General del Brasil. Sobre la mesa había una banderita ecuatoriana y un legajo de facturas y sobordos que el funcionario brasileño firmaba y sellaba con prisa. En plena tarea, me dijo con aire cordial y sonriente:

—He tenido mucho placer en servir al Ecuador como Cónsul ad honorem. Su gobierno ha sido muy generoso conmigo, ya que en estos meses he ganado casi veinte mil dólares por concepto del porcentaje que me correspondía sobre los derechos consulares recaudados, que llegan a una cifra enorme. Como Usted sabe, el Japón ha inundado los países latinoamericanos con sus mercaderías, a un precio bajísimo, realizando lo que llaman los Estados Unidos un "dumping", al que no ha escapado su país...

—Felizmente para Usted..., le respondí, mientras pensaba en los dineros que había perdido el Fisco ecuatoriano y en el extenso viaje que yo me había obligado a hacer —ir a América para llegar a Asia— con el fin de que mi traslado costara lo menos posible al Gobierno. En mi mente llevaba grabado el texto del cablegrama del Canciller de la República, en contestación al que yo le había enviado, transmitiéndole la tarifa de las naves que surcaban el Mediterráneo con rumbo a los puertos asiáticos. "Si tan caro, mejor abstenerse" me había cableografiado el Canciller, sin importarle el tiempo y las sumas considerables que se perdían, obligándome a tomar una ruta distinta, más dilatada y económica, por los Estados Unidos y el Océano Pacífico.

No fue fácil instalar el Consulado General en una casa apropiada; pero, finalmente encontré lo que buscaba: una amplia mansión rodeada de un parque, sobre una altura desde la cual se contemplaba la bahía de Tokio. Una aya japonesa cuidaba de mi hijo. Un cocinero chino preparaba sus sorpresas culinarias. Un portero, una sirvienta y el chofer completaban el personal de la casa.

El Japón fue para nosotros la revelación de un mundo ignorado. Desde el primer día nos atrajeron las costumbres niponas. El país limpio y lleno de color, como recién pintado, era un encantamiento de los ojos. El aspecto enigmático de las gentes se atemperaba con una permanente cortesía que no llegaba, sin embargo, a ser amabilidad. La sonrisa parecía formar parte de la palabra, ya que toda conversación aún la más breve, se llevaba a cabo siempre entre interlocutores sonrientes.

Al principio, al llegar a Yokohama, ciertas particularidades de la población despertaron vivamente mi curiosidad. El color cobrizo de la piel, la manera de andar, la conformación del cuerpo, el sonido del lenguaje y hasta ciertos detalles del vestido, eran similares a los de la población indígena de los países andinos de América del Sur. "Anatawa nihongo wakarimaska?" (2) me había preguntado un funcionario de aduana, y mi primera impresión fue la de que me hablaba en lengua quechua. Me pareció encontrarme en una "gran ciudad chola" y esto vino a sumarse a los factores favorables que contribuyen a despertar mi simpatía

(2) ¿Habla usted japonés?

por ese país.

El Consulado contaba con un empleado japonés, Kawamata-san, hombre de unos treinta años de edad, a la vez mecanógrafo traductor en español y encargado de la conservación de los archivos. Todas las mañanas, con la última campanada de las nueve, Kawamata-san abría la puerta de la oficina y daba comienzo a su tarea diaria. Su puntualidad era digna de encomio. Para manifestarle mi complacencia por la forma en que había llevado a cabo su trabajo, con buena voluntad y sentido de orden, le pedí viniera a almorzar el domingo en el seno de mi familia, invitación que aceptó con aire confuso, cuya significación yo no comprendería sino más tarde.

El almuerzo dominical comenzó en una atmósfera agradable. Después de una conversación informativa y cordial y de algunas palabras de cumplido por la magnífica presentación y exquisitez de un pescado sin espinas, encerrado en un bloque de gelatina de color anaranjado, Kawamata-san saboreó en silencio dos pastelillos que había depositado la sirvienta japonesa sobre su plato, de la mejor porcelana de Imari. Creyendo interpretar los deseos de mi invitado, hice una señal a la sirvienta para que pusiera un tercer pastelillo en el plato vacío, mientras yo decía"

—Kawamata-san, sírvase otro pastelillo.

El empleado japonés se conturbó visiblemente, masticó desganado el tercer pastel y, levantándose, me pidió permiso para retirarse. Extrañados de ese gesto, mi mujer y yo nos pusimos igualmente de pie y le preguntamos con amabilidad si se sentía mal, autorizándole para que partiera. En la tarde, comentamos el caso sin encontrar una explicación plausible.

Diez campanadas sonaron en el reloj de la oficina, a la mañana siguiente, sin que se presentara Kawamata-san. Su ausencia se prolongó todo el día. Supusimos que se hallaría atacado de gripe o de cualquier otra dolencia pasajera. Pero, dos días después, sin noticias de ninguna clase, decidí llamar telefónicamente al hotel donde se hospedaba Kawamata-san, según el apunte que encontré en el libro de direcciones del Consulado General. El empleado del hotel contestó lacónicamente: "Kawamata-san ya no se hospeda aquí. Dejó el hotel hace tres días sin avisar su nueva dirección...Gomenasai"

Nunca más volví a saber del empleado ejemplar. Me preguntaba yo si había sido tal vez llamado a las filas y se había alistado en el ejército imperial que cumplía en China la misión de resolver "el incidente" con todo el peso de su maquinaria militar, cuando sucedió algo que hizo cambiar radicalmente mis suposiciones. En conversación animada con mi nuevo secretario japonés, Manabe-san, al contarle algunas de mis experiencias en su país le expresé mi sorpresa ante el comportamiento inexplicable de su antecesor, después de haber recibido, como prueba de confianza de mi parte, nada menos que un almuerzo amistoso.

La invitación a un empleado inferior en el Japón quiere decir despido, me explicó Manabe-san.

Tal respuesta me dejó absorto, e insistí:

—Pero, yo no quise darle ese significado al almuerzo y procuré atender a mi secretario de la mejor manera, valiéndome de pequeños detalles que mostraran mi deferencia, como por ejemplo, hacerle servir tres pastelillos en su plato.

Manabe-san se quedó mirándome embozado y balbuceó con un gesto de terror:

—Mikire... Tres pastelillos significan la condena a muerte del invitado.

En un segundo apareció en mi mente la figura misteriosa de Kawamata-san ejecutando la ceremonia ritual del *hara-kiri* y manchando de sangre su *yukaata* o kimono casero. ¡No es posible —grité— que yo haya hecho semejante cosa! Sería una monstruosidad despedir y condenar a muerte a un empleado inmejorable. Kawamata-san debió tener en cuenta mi desconocimiento de las costumbres del país. ¿Acaso no tenía ningún valor la vida humana en el Japón cuando se la podía suprimir por un motivo sin importancia? Todo eso era contrario a la civilización...Manabe-san se esfumó ante mi voz que subía de tono y mi actitud de hombre desesperado. Sólo un año más tarde, por obra del azar, supe que Kawamata-san, como miles de japoneses de su edad incapacitados para el servicio militar, se había embarcado para el Brasil, con una colonia de agricultores, atraído por los altos salarios y la vida al aire libre, en la tierra de la gran vegetación.

El descubrimiento de que "mi víctima" se hallaba gozando de buena salud lo debí a mi chófer, Furuya-san, originario de la misma provincia. Ya tranquilizado sobre la suerte de mi ex-secretario, me dediqué a conocer las tierras niponas, en compañía de mi mujer y mi hijo, y, naturalmente, del chófer, que se había constituido en nuestro guía. Mientras caían las primeras flores de cerezo, con su revoloteo de pequeñas alas rosadas, recorrimos Tokio y sus alrededores, Nara con sus santuarios y su parque de ciervos, Kioto florida y musical como una pajarera de oro, ciudad viejísima y luminosa, donde la historia es un perfume que embriaga al visitante, Osaka con sus canales y los miles de faroles de sus casas de té, Kobe laboriosa y cosmopolita y, finalmente, Niko, encantador nido formado por piedras musgosas, aguas cantarinas y curvos puentecillos de laca encamada, como una pintura en seda.

Todos los fines de semana íbamos de paseo a un lugar no visto aún por nosotros. En el camino de Kamakura nos encontramos un día con el Emperador del Japón, en su automóvil rojo, acompañado de su cortejo. Cuatro motocicletas abrían la marcha, y a su aparición la gente se arrodillaba, tocando con la cabeza el suelo, en actitud semejante a la de los siervos del Islam. Desde nuestros asientos pudimos contemplar el rostro imperturbable de Hirohito, con sus característicos espejuelos, sumergido en sus pensamientos. Iba vestido a la europea y acompañado de un oficial en uniforme.

Furuya-san había bajado de nuestro automóvil para seguir el ejemplo de los demás. El cortejo imperial desapareció velozmente detrás de una cortina de polvo. Todo el mundo se incorporó y continuó sus actividades interrumpidas.

—¿Por qué se arrodillaron al paso del automóvil rojo? pregunté a Furuya-san con aire inocente.

—Hay un solo automóvil rojo en el Japón y ése es del Mikado, me contestó.

—¿Quién es el Mikado?

—El Mikado es Dios

Al pronunciar estas palabras, Furuya-san inclinó la cabeza en genuflexión reverente. Millones de japoneses, probablemente la casi totalidad de la población de las islas niponas, tenía la misma creencia. El Shintoísmo había invadido el país y apenas existía algún islote de la secta búdica del Zen, en el fondo de un bosque o en medio de un lago como el santuario de Izu.

También había en Yokohama grupos de cristianos protestantes que asistían a la iglesia los domingos para escuchar las peroraciones de un pastor y entonar cánticos religiosos. En una ocasión se reunieron en la iglesia varios centenares, entre ellos mi buen amigo el profesor Okada, traductor de obras españolas —nada menos que Cervantes y los clásicos— a la lengua de los *samurayes*, y catedrático de la Universidad de Tokio. Ante mi observación de que se estaba extendiendo el protestantismo en el Japón, me dijo con una sonrisa: Todos vamos a la iglesia a aprender inglés.

En peregrinación religiosa fuimos un domingo a Enoshima, santuario subterráneo cavado en la roca de una pequeña isla, unida a Honshu por medio de un puente de madera, de longitud impresionante. En el interior, no pude ocultar mi sorpresa. Me sentí transportado a América, antes del descubrimiento. El santuario parecía el de Pachacámac, según las descripciones de los Cronistas de Indias. La figura de una zorra, tallada en madera, con grandes ubres, o sea la imagen de la diosa de la fecundidad, custodiaba la entrada. De los altares pendían cuerdas anudadas, semejantes a los *quipos* y fragmentos de telas con signos indescifrables. Los fieles completaban el parecido con un santuario precolombino, por la similitud de sus semblantes y vestidos con los de los indios del Ecuador y Perú. A la salida del santuario, saboreamos unos cuantos moluscos gigantes —llamados "*awabio fuku rani*"— acompañados del tradicional té verde que produce la suprema quietud del ánimo.

Los sitios de paseo de nuestra predilección eran Kamakura, Miyanóshita, Hakone, Kobe, cada uno por diferentes razones. La playa soleada de Kamakura, donde los pescadores ponían a secar los líquenes para su alimento, nos proporcionaba la ocasión de hacer un poco de ejercicio y al mismo tiempo evocar la historia del Japón, en la época de los dictadores militares, y admirar el gigantesco Daibutsu o Buda de bronce, cuyo gesto plácido nos hacía recobrar la confianza, pese a que no dejábamos de reflexionar en la tremenda contradicción que existía entre las enseñanzas de Sakya-Muni y los actos de violencia inhumana ejecutados en China por los mismos hombres que se inclinaban ante la inmensa figura del dios metálico.

En Miyanóshita, la vista panorámica desde su colina florida de cerezos era fascinante. En las cercanías se alineaban los árboles verdes y sonreían los jardines sobre un fondo lejano de montañas azules, envueltas en un vapor sutil, dorado por el sol. El hotel de Miyanóshita, en el centro de esa armonía terrestre, atraía a los extranjeros y a los japoneses distinguidos que acudían los domingos a gozar del paisaje y de la comodidad de las habitaciones que llevaban nombres de flores y estaban decoradas con arte delicado y original.

Hakone se destacaba por sus lagos poéticos y la dulzura de su clima. Los excursionistas japoneses, especialmente las mujeres, añadían una nota de belleza con sus kimonos pintados de suavísimos colores y sus peinados arquitectónicos. Con frecuencia, en los bancos de piedra colocados en los lugares de mayor encanto panorámico, familias enteras saboreaban el contenido de cajitas de madera de naranjo donde había anguilas o los famosos fideos nipones, todo un almuerzo preparado.

Kobe ofrecía una estampa distinta. Era la civilización occidental con sus bares, su whisky, sus mujeres solas en busca de aventuras. Las jóvenes rusas eran muy estimadas y entre ellas se destacaba la felina y blanquísima Dussa, cuyo paso evocaba una sinfonía de balalaikas y caballos de trineo. Pero Kobe era sobre todo un puente para Shangai, "París de Oriente" como decían los europeos con un suspiro evocador. La travesía de Kobe al puerto chino se hacía por la noche, a bordo de una nave con sala de juego y *music-hall*, siempre abiertos para diversión de los pasajeros.

En cierta ocasión me embarqué para Shangai con el fin de enviar desde allí, con mayor seguridad, una nota reservada para mi Gobierno, sin temor de que se interpusiera la censura japonesa. Llegué a Shangai al anochecer por averías en la nave y otros contratiempos. La nieve comenzaba a caer sobre Nanking-Road cuando me puse en camino para el hotel, después de haber contratado una *rickcha*, o sea un cochecillo de dos ruedas halado por un joven chino que se lanzó al trote con el brio de un caballo hacia la dirección indicada. El hotel Cathay era uno de los más lujosos del Lejano Oriente. En sus salones se reunían los grandes industriales asiáticos y las familias ricas de la ciudad. Sus espejos veían pasar, con un guiso luminoso, las gráciles figuras de las damiselas chinas, vestidas de túnicas ajustadas, entreabiertas sobre el costado para mostrar la pierna escultórica, y cubiertas de costosos abrigos de pieles. Había un abismo entre ese mundo, flor de la industria moderna, y el numeroso pueblo chino que circulaba por las calles apresurado, inquieto y pobremente alimentado, en medio del cual se deslizaban disimuladamente los leprosos y los mendigos. Después de una noche de descanso, recorrí desde la mañana Shangai, "la ciudad gobernada por los Cónsules", en donde no se veía señal alguna de la guerra que ensangrentaba el suelo chino. Las vitrinas de los almacenes del sector internacional relucían repletas de alimentos, trajes, conservas y toda clase de mercaderías. En el sector francés, los establecimientos de modas evocaban a sus similares de París. Sin embargo, la guerra estaba a pocos pasos. Los soldados japoneses montaban la guardia en la entrada de Chapei, la ciudad mártir. No había un solo edificio en pie. El suelo estaba cubierto de ruinas calcinadas. Una muralla rota era el último resto del edificio de correos, donde se concentró la resistencia china en los momentos agónicos de la ciudad. Las fuerzas militares japonesas desataron huracanes de hierro y de fuego sobre sus adversarios y convirtieron Chapei en un montón de cenizas. Nunca pude olvidar esta visión durante mi permanencia en Asia.

Furuya-san me contó que había recibido malas noticias de su casa, en Shikoku, y que estaba obligado a dejar mi servicio para unirse con su familia y cuidar de su madre enferma. Le expresé que sentía su separación y que me haría falta en mis recorridos de fines de semana. Como Furuya-san insistiera, le entregué su salario juntamente con un obsequio "por haber sido un magnífico chofer y un leal servidor". Furuya-san se retiró expresándome su agradecimiento con repetidas genuflexiones.

La vida social en Tokio era intensa en esos días. No sólo nos invitaban las autoridades imperiales y los Cónsules latinoamericanos sino también los Embajadores de Francia, Estados Unidos, Brasil, Colombia, Chile, México. Este último, el general Aguilar era una personalidad rebotante de ingenio, buen humor y simpatía. Todos sus actos llevaban la marca de la franqueza y la lealtad a sus ideas. "Yo fui uno de los Dorados de Pancho Villa" solía decir para manifestar que no se arredraba ante nada. Cuando circuló en Tokio la noticia de que Madrid estaba en vísperas de caer en manos de los rebeldes y de que corría peligro la República, el general mexicano fue en busca de su avión particular, en el aeródromo de la capital japonesa, y alzó el vuelo anunciando que iba en socorro de los republicanos españoles. Pero, el avión no respondió al entusiasmo de su piloto y no pudo elevarse lo suficiente, cayendo a pocos pasos de la pista. El general Aguilar sacó de la aventura la nariz rota y algunas contusiones, salvando su vida por milagro.

Las invitaciones de las autoridades japonesas eran aceptadas por mí con placer, ya que me proporcionaban la ocasión de conocer las costumbres del país y observar detalles de toda clase. En una cena ofrecida en el Casino Militar de Tokio por el almirante Moriyama, aprendí algo acerca de la historia y de la lengua niponas. El anciano almirante había sido el segundo de Togo en la batalla de Port-Arthur, y aclaró algunos puntos de ese hecho histórico. Al

ofrecer la cena a los Embajadores, llámóles *Kakas*, lo cual produjo una genuflexión de agradecimiento de los aludidos. No se alarme colega, me dijo mi vecino de mesa, la palabreja mal sonante quiere decir en japonés Excelencia.

El príncipe Ichijo nos invitó a su mansión, que era un verdadero museo de obras de arte, con el propósito de convencernos de su aprecio a la América Latina. Entre las lacas, pulidas como el cristal, entre la sederías, los bronceos antiguos y los marfiles espléndidamente tallados, escuchamos la exaltación de nuestros países, formulada por labios japoneses. En realidad, Ichijo no representaba en esos momentos el sentir de la mayoría de sus compatriotas que, deslumbrados por las victorias de la Alemania hitleriana, menospreciaban a los pueblos latinos y desconfiaban de ellos. En una reunión multitudinaria, celebrada en días anteriores, en el Hibiya Hall, bajo los auspicios del Dai Nippon Seimentoi, partido político de la nueva generación, el General retirado Yoshitsugu Tatekawa, ante un auditorio de varios millares de jóvenes, manifestó que el Japón debía adoptar la ideología totalitaria y deshacerse de las doctrinas del liberalismo y del socialismo, "ya que la vida y la propiedad del pueblo japonés pertenecen a Su Majestad el Emperador y deben ser sacrificadas si es necesario por la gran causa de la Nación".

Mi amistad con los diplomáticos y Cónsules de Francia y los Estados Unidos y, más aún el origen francés de mi esposa, constituían motivos suficientes para intrigar a la Kagacho, o policía especial japonesa. Sucedió un hecho que agravó la situación. Un día se presentaron en el consulado cinco ciudadanos nipones en fila, solicitándome visar sus pasaportes para el Ecuador. Todos eran, según sus afirmaciones, profesores de la Universidad de Tokio y deseaban estudiar el fondo submarino en la costa de la provincia de Esmeraldas. Les manifesté que, según la ley, yo debía solicitar autorización de mi gobierno y que tal gestión duraría, más o menos, dos semanas, habida cuenta de la situación mundial que entorpecía las comunicaciones. Los supuestos profesores arquearon varias veces sus columna dorsal y ofrecieron regresar dentro del plazo señalado. No dejó de sorprenderme su aspecto militar y el lugar que habían escogido para sus estudios, en una región situada en las cercanías del Canal de Panamá, llave de dos océanos y posición estratégica en caso de un conflicto con los Estados Unidos. Mis temores dictaron mi conducta. Entre mis relaciones contaba yo con un amigo de toda mi confianza, profesor de la Universidad de Tokio, a quien le pregunté algunos detalles sobre sus colegas que deseaban viajar al Ecuador.

—Ninguno de ellos es profesor de la Universidad, me contestó mi amigo.

No había duda de que se trataba de espías, en alguna misión secreta. Inmediatamente informé del asunto a mi Gobierno, en una comunicación reservada y urgente que llevé yo mismo a Shangai para evitar la censura de la correspondencia que existía en el Japón desde el comienzo del "incidente" con China y que se practicaba más severamente después de la invasión de Francia por las legiones de Hitler. La contestación llegó en una carta por correo aéreo que encontré abierta sobre mi escritorio consular: el Gobierno me aseguraba que los solicitantes no eran espías y ordenábame visar los pasaportes del grupo de japoneses. La copia de la carta estaba ya seguramente en manos de la Kagacho. El jefe Kobuchi —O-moto como le decían los japoneses a su lengua, o sea "el honorable hombre pequeño— que seguía los pasos del Cónsul francés, empezó a vigilar también mi residencia, aunque de manera tan indiscreta que yo podía verle desde la ventana de la biblioteca. Un día se presentó resoplando en mi despacho, con aire misterioso, pidiendo hablarme a solas sobre un asunto personal. Después de los saludos y genuflexiones de rigor, Kobuchi me dijo, con voz balbuceante:

—La policía ha recibido una carta de Furuya-san, en la cual avisa que va a atentar contra la vida de Usted, señor Cónsul General.

Con la mayor calma, a pesar de que en el fondo encontraba el asunto divertido, pregunté a mi interlocutor:

—¿Por qué motivo?

—Porque Usted le despidió de su empleo de chófer.

—No hubo tal despido, —le contesté a Kobuchi— por lo cual deduzco que ésta es una invención burda con una finalidad que desconozco. Además, ningún ser humano, por insensato que sea, avisa primero a la policía para cometer un crimen.

—De todas maneras, murmuró Kobuchi, la policía cumple con su deber, y como usted se defenderá, queremos conocer la marca de su revólver.

Era tan mal hilvanado el asunto que, con una evasiva, lo di por terminado, y acompañé hasta la puerta a Kobuchi, cuyas miradas oblicuas apenas podían ocultar su desconcierto.

Después de madura reflexión llegué a algunas conclusiones aceptables. Furuya-san era un pretexto. No había escrito carta alguna. La policía quería saber si yo estaba armado y las características del arma, con el fin de intentar uno de esos "suicidios" clásicos que liberan de toda responsabilidad a los verdaderos autores. Mi salud dependía de mi habilidad en hacer creer al enano Kobuchi que el revólver existía realmente y ganar tiempo, ofreciendo darle a conocer la marca sin llegar nunca a satisfacer su deseo.

A fines de abril, nubes de flores de cerezo, de un color rosado, eran arrastradas por el viento sobre los jardines y los senderos. Mayo añadió a ese color la música persistente de los grillos que parecían multiplicarse por todas partes. Habían aún mercados en donde se vendían esos insectos en jaulas diminutas de madera. La amah-san trajo su grillito enjaulado y lo puso en una habitación de la casa, explicándome que con ese hecho habíamos ganado la protección de uno de los centenares de dioses que pueblan el cielo japonés. Este culto del grillo armonizaba con el arte floral o Ike-bana, que consistía en composiciones de flores y ramas, en sabia combinación de colores, formas y planos, simbolizando pensamientos teológicos, astronómicos o cosmogónicos. No dejó de hacer vibrar mi fibra poética el conjunto del insecto cantor, la rama florida y el incienso religioso y doméstico.

Con los primeros calores del verano, que suele ser húmedo y sofocante en Yokohama, nos refugiamos en una aldea fresca y risueña, Karuizawa, situada junto al cráter de un volcán extinto, el Asama, no tan perfecto como el Fuji-san, o Señor Fuji como le llaman sus adoradores nipones, pero circundado de hermosos bosques y otros lugares de excursión. Con mi mujer y mi hijo permanecía nuestro perro guardián, en la casita japonesa que habíamos alquilado para toda la estación, mientras yo bajaba a Yokohama todos los días para cumplir mis tareas consulares y regresaba a la caída de la tarde.

Descansábamos una noche tranquilamente, en la alcoba situada en el segundo piso de la casa, cuando el perro comenzó a gruñir y ladrar furiosamente despertándonos. Inmediatamente prendimos las luces y nos lanzamos escalera abajo, precedidos por el perro que entró en acción atacando a dos hombres escondidos en la sombra. Los intrusos saltaron por la ventana y desaparecieron en la noche.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, sonó el teléfono con extraña urgencia. Era Manabe-san que me llamaba de Yokohama y, con voz entrecortada, me informaba que mi casa había sido registrada enteramente la noche anterior y todas las cosas estaban desparramadas en el suelo. No sabía quienes eran los autores del hecho y posiblemente se trataba de un robo, por lo cual me rogaba ir lo más pronto posible. Dos horas más tarde pude comprobar la veracidad de la información de mi secretario, quien hablaba animadamente con dos oficiales de policía, uniformados y provistos del tradicional sable. Manabe-san demostraba una extrema nerviosidad en sus ademanes, al enjugar el sudor de su frente y al recoger los objetos y ponerlos en orden. Los oficiales de policía dialogaban con un extraño gesto y algo había en su figura que me evocaba la escena de la noche anterior en la casa de campo.

—Dígame que ayer dos forajidos asaltaron mi casa en Karuizawa, le ordené a Manabe-san

Sin mostrar la menor sorpresa ni curiosidad por este hecho, el secretario tradujo mi frase y los dos policías la escucharon sin comentario alguno. Todos los objetos colocados nuevamente en su sitio, se vio que nada faltaba, por lo cual no pude formular una denuncia por robo, pero sí expresé mi protesta por la violación de la inmunidad de que gozaba el Consulado General, representación legítima y única del Ecuador en el Imperio del Sol Naciente, ya que estaba bien claro que mi residencia y las oficinas habían sido registradas, acto del cual tenían la responsabilidad las autoridades niponas. Los policías ajustaron su cinturón con el gran sable, hicieron las tres genuflexiones de estilo y salieron acompañados de Manabe-san. Por la ventana pude ver la figura enana del señor Kobuchi que esperaba en la calle.

Los inconvenientes y las privaciones de la guerra se dejaban sentir en el Japón con mayor intensidad cada día. La policía había dictado disposiciones para el *black-out* de la ciudad, en previsión de posibles incursiones aéreas, y había duplicado sus servicios de información y vigilancia, con la cooperación de los civiles. Un oficial de policía en uniforme, con su sable que parecía estorbarle, se presentaba infaliblemente al atardecer en la cocina de mi residencia y formulaba preguntas al personal de servicio mientras saboreaba el "honorable té". Como las costumbres niponas prohíben al amo de la casa la entrada en la cocina, tuve que resignarme a aceptar la intrusión abusiva, al igual que todos mis colegas que recibían la visita vespertina del agente de la ley.

La guerra cercana originaba espectáculos extraños en los puertos, a la llegada de los barcos de China. Numerosos desfiles de mujeres del pueblo vestidas de blanco —el color de luto en el Japón— agitando banderitas de papel, en cuyo centro campeaba el sol rojo del Imperio, se dirigían a los muelles donde recibían millares de cajitas de madera numeradas que contenía las cenizas de los soldados caídos en el frente de batalla. La distribución de ese correo de la muerte casi siempre coincidía con la noticia de alguna victoria japonesa. La toma de Hankaw se tradujo en el arribo de un mayor número de cajitas, destinadas a guardarse en el santuario de Shoconsha o Yasukuni-jinja, construido sobre una colina de Tokio. Desde mi automóvil pude mirar una inmensa muchedumbre de mujeres que corrían gritando "Banzai! Banzai!" mientras agitaban sus banderitas de papel.

Al mismo tiempo, salían, de las estaciones los trenes cargados de soldados, con rumbo al Mar de la China, para ser luego conducidos al frente. Manabe-san, con otros millares de jóvenes, fue llamado al servicio militar. En cuarenta y ocho horas estuvo preparado, vistió el uniforme y se despidió recomendándome para su puesto de secretario a Sasamoto-san, cuyo

aire marcial delataba su formación en el ejército.

Los extranjeros sentían también la pesada atmósfera de guerra. Los coreanos, encargados en el Japón de todas las faenas inferiores, se mostraban inquietos y recelosos. La clase militar japonesa rebosaba de orgullo por sus triunfos. El periódico "Asahi-Shimbún" anunció un día que las fuerzas armadas niponas habían atacado con éxito Nomohán, en Manchukuo, destruyendo en el suelo por sorpresa más de mil aviones rusos. Mi amigo, el profesor de la Universidad de Tokio, me dijo: "Ahora no hay nada que pueda detener a los militaristas. Veremos una política de represión en lo interno y la agresividad en lo internacional. Dominada la China, le tocará el turno a otra nación, para lo cual le ayudarán las potencias del Eje". La opinión del Cónsul General de los Estados Unidos, en nuestras conversaciones confidenciales, era semejante, con el aditamento de que, según él, la próxima nación atacada podía ser su patria. No coincidía con ese pensar el Embajador norteamericano Joseph Grew, siempre optimista y confiado en la potencia económica de su país, que le hacía invulnerable. En nuestras reuniones con el general Aguilar, el Embajador Borda Roldán, de Colombia, el Cónsul General de Chile, Jorge Roselot, el Consejero de la Embajada del Brasil, Ruy Guimaraes, el Cónsul General de Venezuela, Carlos Rodríguez Jiménez, el escritor Shutensak, el escultor español republicano Serra Güell y otros amigos, comentábamos la situación mundial y nuestras conclusiones coincidían casi siempre: Tarde o temprano, el Japón atacará a los Estados Unidos, ya que, desde el punto de vista geopolítico, tal hecho favorecía los planes del Eje.

La inteligencia bien informada y el juicio certero de Borda Roldán contrastaban con la palabra fogosa y llena de color de Ruy Guimaraes, hombre de ingenio, conservador insuperable "que había leído todos los libros"; pero el pensamiento de ambos coincidía en lo referente al panorama mundial. Rodríguez Jiménez añadía su conocimiento de los japoneses, con cuya cultura simpatizaba hasta el extremo de vestirse como ellos, hablar su lengua y dirigir una revista "Asia-América" para fomentar las relaciones culturales de esas dos regiones del mundo. Roselot nunca llegó a engañarse acerca de las intenciones de la "clique" militar dominante que preparaba una tremenda aventura, a espaldas del pueblo japonés, sumiso, disciplinado y laborioso.

En esos días llegó al Japón una Misión Peruana, presidida por un antiguo Ministro de Estado, el General César de la Fuente, y compuesta de más de treinta personajes militares y civiles que fueron recibidos por el mundo oficial nipón con grandes honores. El Jefe de la Misión, en un banquete ofrecido en el Hotel Imperial de Tokio, expresó la simpatía del Gobierno del Perú a "la campaña civilizadora del Japón en China". Tan rotunda declaración me produjo inquietud por mi país, ya que en esas palabras se veía claramente que los militares peruanos ardían en deseos de imitar las hazañas de sus congéneres japoneses y, en el caso de una guerra de estos últimos contra los Estados Unidos, el Ecuador adquiriría una importancia estratégica de primer orden por su situación geográfica con respecto al Canal de Panamá. Se dijo que la Misión Peruana había hecho negociaciones de compra de armamento, lo cual era muy probable ya que existía un comercio intenso entre los dos países, unidos por una línea directa de vapores que hacían el recorrido entre Yokohama y el puerto peruano de Paita. Vi el peligro próximo que se cernía sobre mi país y me apresuré a informar a mi Gobierno sobre las actividades de la extraña Misión.

La guerra era como el tifón de septiembre que barría ciudades y campos, arrancando de raíz miles de árboles y haciendo volar las techumbres en el aire polvoriento. Los lugares de diversión estaban desiertos y, fuera de las casitas de té de las avenidas principales, como la de

Ginza —los Campos Elíseos de Tokio— no se notaban signos de vida. Las sesenta mil casas de cortesanas del Yoshiwara dormían deslumbradas por sus letreros luminosos. El barrio de Omori, con sus mansiones servidas por geishas de alta clase, mantenía inútilmente encendidos sus faroles ornamentales, uno en cada puerta. Ya los magnates de Oriente y Occidente no acudían a saborear el *suki-yaki* y a contemplar los kimonos pintados a mano, con arte primorosos, en las danzas de las geishas, a la vez sabias y cándidas. Sólo las casitas de las vírgenes, en Tamanoi, veían los últimos visitantes de un mundo que desaparecía rápidamente bajo el estruendo de las armas.

—Se llevaron la placa de cobre del Consulado, me informó una mañana Sasamoto-san, con su sonrisa acostumbrada.

—¿Por qué se la llevarían? indagué.

—Creo que la necesitaba el Comité de Recolectores de Metales para la Guerra. Ayer escribieron una carta al señor Cónsul General solicitando su colaboración en el esfuerzo bélico que requiere el aporte de todos.

—Si van a fundir todas las placas de cobre, dentro de poco no sabremos donde están las oficinas públicas, los despachos profesionales y demás.

Me puse a pensar en una cabeza de bronce esculpida por Serra Güell. El artista catalán, agradecido por un prólogo que escribí para un original y valioso Album que reunía sus dibujos de interpretación del pueblo japonés, decidió esculpir mi busto y vaciarlo en bronce para ofrecérmelo como un recuerdo. Mi semblante metálico mostraba cierta dignidad de senador romano, insoportable para mí; pero mi esposa apreciaba altamente la obra y la había colocado en el salón de nuestra residencia. Corría el riesgo de caer en manos de los Recolectores de metales para la Guerra, por lo cual decidimos ocultar el busto lo mejor posible en un desván de la casa. No sabemos cómo, desapareció un día y nunca más lo volvimos a ver: tal vez un aficionado al arte lo salvó de la destrucción o un patriota aumentó con ese fragmento de bronce el poder bélico del Imperio del Sol Naciente.

Todos sabíamos que, tarde o temprano, teníamos que abandonar el Japón, ya que los compromisos políticos adquiridos por este país con las potencias del Eje, le empujaban al campo contrario a las democracias que representábamos. La noticia de que todos los trenes con dirección al occidente se hallaban consignados para el transporte de millares de soldados, nos confirmó en la sospecha de que esas fuerzas no estaban destinadas a China sino a las posesiones norteamericanas en el Pacífico. Había sonado la hora de la partida. Algunos amigos vinieron a despedirnos a bordo de la nave canadiense "Empress of Asia". El señor Kobuchi llegó apresuradamente con un regalo —una cajita envuelta en papel de seda— y desapareció con la misma prisa. La emoción de la despedida fue tal vez la causa de que yo extraviara la cajita del jefe de policía, lo que no sucedió con un limonero enano, ofrecido como presente por uno de mis amigos japoneses, amante de las letras. El "Gaimusho" o Ministerio de Relaciones Exteriores, me envió un funcionario del Protocolo para despedirme, lo cual era un honor para un Cónsul General. Después de una navegación sin incidentes desembarqué con mi mujer y mi hijo en San Francisco de California. Mi deber era informar personalmente al Presidente de la República acerca de la situación internacional y exponerle mis temores. Inmediatamente me trasladé a Quito y visité al Presidente Arroyo del Río, a quien manifesté que todo hacía suponer un ataque próximo del Japón a los Estados Unidos y, más o menos al mismo tiempo, una invasión del Perú al Ecuador. "Le ha tocado gobernar en un momento difícil —le dije— ya que será el de la guerra contra nuestra patria, sin que los

Estados Unidos puedan ayudarnos porque, a su vez, serán agredidos por el Japón". El Presidente me miró con ojos incrédulos. Meses más tarde, el Perú invadió las provincias del sur del Ecuador con los mismos métodos de los agresores nazifascistas. En sus tropas utilizó algunos soldados japoneses. No se terminaría el año sin que el Japón efectuara su ataque sorpresivo a la base norteamerina de Pearl Harbor. ¿Pensó alguna vez el Presidente en mis palabras proféticas o las condenó al olvido?

